MIGUEL HERNANDEZ

TEATRO EN LA GUERRA

La cola

El hombrecito

El refugiado

Los sentados

EDITORIAL NUESTRO PUEBLO

EX-LIBRIS
GARCIA-MOLINA
ORIHUELA

MIGUEL HERNÁNDEZ

Teatro en la Guerra

La cola
El hombrecito
El refugiado
Los sentados

EX-LIBRIS
EMILIO MOLINA
ORIHUELA

EDITORIAL NUESTRO PUEBLO
MADRID - VALENCIA
1937

Talleres Gráficos de la
EDITORIAL RAMÓN SOPENA,
Empresa Colectivizada.-Barcelona

Con la publicación de «TEATRO EN LA GUERRA», (La cola, El hombrecito, El refugiado, Los sentados), *damos a conocer a la masa de nuestros lectores un valor joven que era ya muy estimado por las minorías intelectuales. Miguel Hernández no es que fuera un «exquisito», conocido sólo en los círculos «selectos». Es simplemente un escritor joven, y juvenil, que no había tenido todavía oportunidad de entrar en contacto con el gran público, oportunidad que le ofrece hoy nuestra Editorial.*

Miguel Hernández, como tantos jóvenes escritores que «NUESTRO PUEBLO» se propone incorporar a nuestra nueva literatura, es un combatiente activo de la causa de nuestro pueblo. Nació en la provincia de Alicante, en 1911, y cuenta por tanto 26 años. Hace sólo tres que dejó la cayada del pastor. Autodidacta típico, se ha formado en la lectura de los libros que han caído en sus manos.

Publicó en Alicante un libro de versos gongorinos; en «Cruz y Raya», el año 34, un auto sacramental; y en «Ediciones Héroe», el año 36, como buen descendiente de Garcilaso, un libro de sonetos amorosos: El rayo que no cesa. *También ha publicado cosas sueltas, en verso y prosa, en varias revistas literarias.*

En los primeros días de la guerra se incorporó al 5.º Regimiento—primer embrión del Ejército Popular—, y estuvo combatiendo, hasta enero, al lado del Campesino. *Más tarde, fué comisario político de la 1.ª Brigada de choque, y desde febrero trabaja con el comandante Carlos, habiendo tomado parte en la acción del Santuario de la Cabeza, cuyo relato forma un libro suyo en preparación.*

Las cuatro piezas de teatro que hoy publicamos, y sobre las cuales no adelantamos juicio alguno, prueban la fuerza de su temperamento.

El 18 de julio de 1936, frente al movimiento de los militares traidores, entro yo, poeta, y conmigo mi poesía, en el trance más doloroso y trabajoso, pero más glorioso, al mismo tiempo, de mi vida. No había sido hasta ese día un poeta revolucionario en toda la extensión de la palabra y su alma. Había escrito versos y dramas de exaltación del trabajo y de condenación del burgués, pero el empujón definitivo que me arrastró a esgrimir mi poesía en forma de arma combativa me lo dieron los traidores, con su traición, aquel iluminado 18 de julio. Intuí, sentí venir contra mi vida, como un gran aire, la gran tragedia, la tremenda experiencia poética que se avecinaba en España, y me metí, pueblo adentro, más hondo de lo que estoy metido desde que me parieran, dispuesto a defenderlo firmemente de los provocadores de la invasión. Desde entonces acá, vengo luchando de muchas maneras, y sólo me canso y no estoy contento cuando no hago nada.

Una de las maneras mías de luchar, es haber comenzado a cultivar un teatro hiriente y breve: un teatro de guerra. *La cola, El hombrecito, El refugiado, Los sentados,* son una manifestación del teatro a que he dado comienzo.

Creo que el teatro es un arma magnífica de guerra contra el enemigo de enfrente y contra el enemigo de casa. Entiendo que todo teatro, toda poesía, todo arte, han de ser, hoy más que nunca, un arma de guerra. De guerra a todos los enemigos del cuerpo y del espíritu que nos acosan, y ahora, en estos momentos de revolución y renovación de tantos valores, más al desnudo y al peligro que nunca.

Con mi poesía y con mi teatro, las dos armas que más me corresponden y que más uso, trato de aclarar la cabeza y el corazón de mi pueblo, sacarlos con bien de los días revueltos, turbios, desordenados, a la luz más serena y humana. Es la de hoy la hora más apropiada para mí: y no quiero dejarme dormir ni distraer, porque quiero ver cuajados los sentimientos y los pensamientos de mi gente en una vida de dignidad, de grandeza, y para eso pongo mis cinco sentidos en este trabajo de engrandecimiento, como puedo y como sé, junto a los mejores hombres de España. Con mi poesía y con mi teatro, las dos armas que

más relucen en mis manos con más filo cada día, trato hacer de la vida materia heroica frente a la muerte. Y no he de parar hasta hacerla.

El corazón mío procura dignificarse a fuerza de ser generoso, desprendido de su sangre frente al corazón de los demás hombres. En mi poesía, en mi teatro, expongo las luchas de mis pasiones, que reflejan las de los demás, y siempre procuro que venza el entendimiento puro de las mismas. Dentro del pecho de cada uno de nosotros, de los que luchamos por la revolución, está trabajándose, perfeccionándose la revolución, que empieza a brotar ayudada por la fuerza interior, más que por la exterior de nuestro pecho.

Yo me digo: si el mundo es teatro, si la revolución es carne de teatro, procuremos que el teatro, y por consiguiente la revolución, sean ejemplares, y tal vez, y sin tal vez, conseguiremos entre todos que el mundo también lo sea.

Yo me digo: hay que sepultar las ruinas del obsceno y mentiroso teatro de la burguesía, de todas las burguesías y comodidades del alma, que todavía andan moviendo polvo y ruido en nuestro pueblo. ¡Fuera de aquí, de los ojos y las orejas de aquí, aquellos espectáculos que no sirven para otra cosa que para mo-

ver la lujuria, dormir el entendimiento y tapiar el corazón reluciente de los españoles! La gran tragedia que se desarrolla en España necesita poetas que la contengan, la expresen, la orienten y la lleven a un término de victoria y de verdad.

Cuando descansemos de la guerra, y la paz aparte los cañones de las plazas y los corrales de las aldeas españolas, me veréis por ellos celebrar representaciones de un teatro que será la vida misma de España, sacada limpiamente de sus trincheras, sus calles, sus campos y sus paredes.

Miguel Hernández

LA COLA

PERSONAJES

LA MADRE	LA DESLENGUADA 2.ª
LA ALARMANTE	LA DESLENGUADA 3.ª
LA DESLENGUADA 1.ª	LA DESLENGUADA 4.ª

CALLE DE MADRID

(*Entran precipitadamente las deslenguadas 1.ª y 2.ª, y se tiran del mantón y se debaten por ocupar el primer lugar ante una carbonería.*)

DESLEN. 1.ª—Aunque me tiraras de las tripas más que del mantón, no entrarías en la carbonería antes que mi alma.

DESLEN. 2.ª—¡He llegado antes que tú! ¡Te gané la vez!

DESLEN. 1.ª—Mañana puede que sí: hoy ya es tarde. ¡Aparta, lagarta! (*Se desprende de un empujón de las uñas de la otra. Entra la deslenguada 3.ª y se apresura a ocupar el segundo lugar.*)

DESLEN. 3.ª—¡Te gané la vez!

DESLEN. 1.ª—Le está muy bien empleado, por ansiosa.

DESLEN. 2.ª—Aquí no hay más ansiosa que tú: ¿entiendes? (*A la 3.ª.*) ¡Aparta de ahí, que es mío ese puesto!

DESLEN. 3.ª—¿Con qué dinero lo compraste? No me hagas reír, que tengo el labio dividido.

DESLEN. 2.ª—¡Pues como no te apartes, te voy a dividir la cabeza!

DESLEN. 3.ª—¡Calma, calma! Nos la dividiremos, y va a ser esta calle la de la Sociedad de Divisiones Mutuas.

DESLEN. 1.ª—¡Ja, ja, ja! ¡Qué bien empleado le está! (*Entra la deslenguada 4.ª y se apresura a introducirse entre la 2.ª y la 3.ª.*)

DESLEN. 4.ª—¡Te gané la vez! ¡De aquí no me quita ni Dios!

DESLEN. 2.ª—Pero ¿qué desvergüenza es ésta? ¡Aparta!

DESLEN. 4.ª—¡Ni aunque venga una granada en la creencia de que soy la Telefónica!

DESLEN. 1.ª—¡Ja, ja, ja! ¡Qué bien empleado le está!

DESLEN. 2.ª—(*A la 3.ª.*) ¡Dame mi puesto!

DESLEN. 3.ª—Tu puesto es el último. ¡A la cola!

DESLEN. 2.ª—(*A la 4.ª.*) ¡Quita de ahí!

DESLEN. 4.ª—¡ Ni a una bomba dejo el sitio que piso! ¡ A la cola!

DESLEN. 2.ª—¡ Nos veremos las caras!

DESLEN. 4.ª—¿ No nos las vemos ya, guasona? ¡ Tienes los ojos tan nublados de legañas que hablas como una ciega!

DESLEN. 1.ª—¡ Ja, ja, ja! ¡ Cómo me río yo de tontas de este tamaño!

DESLEN. 2.ª—¡ Basta de risas, que se te ven los alrededores del fondo del ombligo por esa boca de pozo que tienes!

DESLEN. 3.ª—¡ Presume tú de boca, hija: que la tuya es tan bonita como un tomate pisado!

DESLEN. 2.ª—¡ No me insultes!

DESLEN. 4.ª—¡ Qué cara de guardia pones!

DESLEN. 2.ª—¡ No me ofendas, barbuda!

DESLEN. 1.ª—¡ Ja, ja, ja! ¡ Qué risa me da!

DESLEN. 2.ª—¡ No te burles, arrabalera! (*Se enseñan unas a otras los dientes y las uñas con fiereza. Entra la madre.*)

MADRE.—¿ Qué hacéis, mujeres? ¿ Malgastar el alma en pelear bajamente? ¡ Vergüenza, da pensar en la sangre derramada en las trincheras y ver esta suciedad por las calles de Madrid! Por un puñado de carbón sois capaces de arrancaros el pelo, la piel y es posible que hasta la vida. ¡ Bonito cuadro de mujeres!

DESLEN. 1.ª—¡Vaya a ver los del Museo del Prado, si éste no le agrada, compañera!

DESLEN. 2.ª—¿Quién mete vieja donde importa que no la haya?

DESLEN. 3.ª—¿Qué tendrá que hacer aquí un escobón semejante?

DESLEN. 4.ª—¡Nos estorban los consejos y su ministra! Peleamos porque nos da la gana, y aquí nadie la ha llamado.

MADRE.—¿Por qué no os da la gana de ir a desahogar esa rabia en los frentes de lucha?

DESLEN. 1.ª—¡Demasiados hombres hay en ellos!

MADRE.—Si los hombres están de guerra, no es precisamente para que vosotras estéis de tumulto. ¡Un puñado de carbón no es para tanto, mujeres! Si por tan pobre motivo os arañáis, de morir en la guerra vuestros hijos o vuestros maridos ¿qué haréis? ¿De dónde sacaréis fuerzas para llorar sus muertes, si las agotáis en palabras y en obras mezquinas?

DESLEN. 2.ª—Tranquila estoy por mi hijo, que lo tengo metido donde no llegan balas.

DESLEN. 3.ª—Me tiene sin cuidado mi marido, porque trabaja en un Comité de la retaguardia.

DESLEN. 4.ª—Lo mismo digo yo, referente al mío.

DESLEN. 1.ª—Poco me desvela mi Saturni-

no, que sé que anda muy bien resguardado y enchufado.

MADRE.—Por lo que oigo, entiendo que sois tan amigas de cobardes, como ellos hombres, si lo son, de mujeres de poco más o menos.

DESLEN. 1.ª—¡ Oiga, oiga !

DESLEN. 2.ª—¡ Oiga : mucho ojo con lo que se dice !

DESLEN. 3.ª—¡ Cuidado con la lengua, que se le desboca !

DESLEN. 4.ª—Es mejor no hacerla caso. La vejez quita juicio y pone calabazas en la sesera.

MADRE.—La dignidad, y no la vejez, es lo que me hace despreciaros. Mientras millares y millares de madres damos nuestros hijos a la guerra que nos han traído, con dolores de parto y con orgullo de haber amamantado cuerpos de valentía ; mientras a millares y millares de mujeres se nos desangra el corazón viendo caer la flor de nuestros hombres ; mientras yo pierdo dos hijos de mis entrañas, que siento vacías sin ellos, asesinados por el fascismo de Italia y Alemania, vosotras, mujeres que merecéis otro nombre, satisfechas de vuestro egoísmo, negáis la sangre de vuestros varones a España, al pueblo ; ocultáis brazos que exigen los fusiles del pueblo, las

ansias del pueblo, le traicionáis y lo despreciáis, no empujando esos brazos a la pelea, sino reteniéndolos viciosamente contra vuestros cuerpos de sal insatisfecha siempre, y al mismo tiempo lo hacéis carne de escándalo, golpeándoos por las calles con la lengua podrida del egoísmo y el ocio. (*Entra la alarmante, llena de aspavientos.*)

ALARM.—¿No escucháis? ¡A los sótanos, a los sótanos! ¡Ha venido la aviación! ¡Yo me muero del susto! ¡Que me matan! ¡Han arrojado ya más de cien bombas! ¡Que me bombardean! ¡Doscientos muertos, mil heridos, medio Madrid en ruinas!

MADRE.—Serénate, mujer. No se oye ningún ruido: son figuraciones tuyas. No alarmes más.

ALARM.—¡Moriremos todos! ¡Mis hijos! ¡Voy junto a ellos! ¡Me los han matado! (*Sale corriendo, y las cuatro deslenguadas detrás.*)

MADRE.—¿Dónde vais? No sois dignas de vivir estos momentos gloriosos de España. No servís para madres de los españoles gigantes que van naciendo de esta guerra. No merecéis pisar la tierra en que ha caído la sangre de los hijos de tantas madres: la sangre de mis dos hijos. (*A poco vuelven las cuatro deslenguadas.*)

DESLEN. 1.ª—No hay tal aviación. No gana una para sustos. Ya me revientan a mí estas sembradoras de alarmas.

DESLEN. 2.ª—A mí también. Y pienso que sería bueno cortarles la lengua.

DESLEN. 3.ª—¡Ay! Se me ha subido el corazón a la boca, del susto y de la carrera. No me daría pena apalear a esa mujer: desahogaría mi pecho.

DESLEN. 4.ª—Y yo el mío. La muy zorrona ha alarmado todo Madrid.

MADRE.—Ella, y las que son como ellas, alarman la ciudad: y vosotras, y las que son cómo vosotras, la alborotáis y la desordenáis. Madrid no puede ofrecer al mundo, que nos contempla emocionado, espectáculos de esta calidad. Madrid ha de presentarse a todos los ojos envuelto en el aire digno de los sufrimientos callados, de la sangre derramada que convierte sus piedras en corazones; en el aire heroico que mueve su juventud camino de las trincheras. Madrid ha de presentarse ante sí mismo como lo que es: la capital del mundo honrado, como un gigante mudo y sereno, seguro de la victoria, sonriendo por encima de los montes a los cuerpos del trabajo que nos atienden, anhelantes, desde las cinco partes de la tierra. Dignificad Madrid, mujeres de sus barrios, hombres de su defensa. No lo entur-

biéis ni lo degradéis con acciones y actitudes bajas. Andad, gallarda y diáfanamente, entre sus calles y sus cañones, entre sus muertos y los bombardeos enemigos. Que se le vea, gallardo y diáfano, desde donde se le mire. Así venceremos. Seguirán su ejemplo los demás pueblos de España. Así salvaremos la sangre que se nos ha caído en su barro de las pisadas de la invasión. Así recuperaremos la España que nos quieren quitar. ¡Que todos participemos en la salvación de España! ¡Que a todos nos duela y nos sangre en el pecho el corazón de Madrid, compañeras!

(Madrid, 5 de enero de 1937.)

EL HOMBRECITO

CUADRO UNICO

LA MADRE.—(*Entra alterada.*) ¡ Hijo ! ¿ Dónde te has metido ? ¡ Hijooooó ! ¡ Hijoooooó !

EL HIJO.—Siempre te oigo la misma música, madre : hijo, hijo. No soy tan pequeño que me vaya a perder como cualquier aguja, y tú sólo sabes andar en busca mía.

LA MADRE.—Otra vez están bombardeando esos asesinos. ¿ No oyes el ruido de los trimotores y de las bombas ? ¿ Cuándo caerán sobre nosotros, sobre ti, hijo ?

EL HIJO.—Antes ha caído una granada en la huerta vecina, pero no ha estallado. Espías andan por aquí y han silbado a los fascistas que hay cuarteles en este lugar. Me gustaría tener muchos ojos y muchas orejas para conocer a los espías traidores y apedrearlos.

LA MADRE.—¿ Por dónde andabas tú cuando cayó la granada ?

EL HIJO.—Andaba por la huerta poniendo

la oreja en la tierra para escuchar el temblor del trueno de los cañones.

LA MADRE.—No quiero pensar en lo que ha podido sucederte. ¿Cuántas veces te voy a repetir que no vayas más que donde yo vaya?

EL HIJO.—Estoy harto, madre, de ir atado a tu falda. Ya no soy ningún chiquillo.

LA MADRE.—¿Dónde irás con tus quince años y con tantos peligros de la guerra?

EL HIJO.—Me da vergüenza enfrentarme con mis amigos, que todos trabajan como pueden en el Ejército Popular. Me avergüenza verme entre las mujeres, de cola en cola: traer leche, pan, lentejas, y no llevar un fusil, o un tambor, al menos, a las trincheras. ¡Tengo unas ganas de ver un enemigo muerto, un tanque haciendo fuego y un cañón con humo! Parezco una niña, y acabaré en niña, al fin, como tú sigas empeñada en llevarme cosido a tu ropa.

LA MADRE.—Tu padre no quiere que aprendas a manejar el fusil: en cada carta me lo escribe.

EL HIJO.—He aprendido a manejarlo.

LA MADRE.—¿Cómo? ¿Cuándo?

EL HIJO.—He ido varias tardes al cuartel de los campesinos, y sé hacer la instrucción, y sé mover el cerrojo. ¡Si vieras, madre, qué alegría da coger un fusil! Casi llora uno para

fuera... Me desespera no ayudar a conseguir la victoria.

LA MADRE.—¡Cállate! Eres muy pequeño, hijo. Son muy tiernos tus huesos todavía para llevar el peso de la guerra.

EL HIJO.—Creo que soy un hombrecito, madre. Ya tengo oscuro el labio. Déjame ir.

LA MADRE.—No puedo quedarme sin ti.

EL HIJO.—No me cabe duda: tú y mi padre sois facciosos. Me iré.

LA MADRE.—Eres nuestra única alegría en esta vida. No quiero perderte. Anda al huerto, hijo, y olvida la guerra, que no es para ti. Cava los alhelíes. No me digas que cavar es faena de mujeres. Poda la acacia que queda en pie: las otras cuatro ya son ceniza. También ha tocado a los árboles sentir la guerra. Algunos compañeros han sido tan inhumanos con los pinos de la alameda como el fascismo con nosotros. Anda, hijo, a cavar y a podar, que son, como luchar, faenas de hombre.

EL HIJO.—No puedo, madre; no puedo. Oigo las explosiones de las bombas y toda la sangre se me agrupa en el corazón con rabia. ¿Por qué no he de pelear yo, que tengo dieciséis años...

LA MADRE.—¡Quince, quince solamente!

EL HIJO.—...que tengo ganas de salvar a

España?... ¿No dicen los periódicos que la vamos a perder si habemos hombres cruzados de brazos?

LA MADRE.—Tú no eres un hombre.

EL HIJO.—¡Quiero serlo! ¿No dicen que si entran los alemanes en Madrid, el hambre será más grande que nunca y todos seremos como bueyes? Están cerca de Madrid, cerca, y si entran, mi padre volverá a no tener trabajo y ni tú ni yo alegría. ¡Me iré! ¡Me iré!

LA MADRE.—¡No seas loco! ¡No me des esa pena, hijo!

EL HIJO.—Nos harán pedazos si entran en Madrid. Mataré los que pueda en cuanto tenga un fusil, y si no tengo fusil, con una honda, y si no tengo honda, con los dientes, y si no tengo dientes, los escupiré mientras tenga saliva.

LA MADRE.—¿No es mejor que me enseñes a hacer el saludo fascista, y si vienen lo hacemos los dos, a ver si así no nos pasa nada? Anda, enséñame.

EL HIJO (*Levanta el puño rabiosamente.*)—¡Así es, madre!

LA MADRE.—Me engañas, hijo. Ése es el saludo comunista.

EL HIJO.—Hasta que no me quede aliento dentro de la vida, éste será mi saludo.

LA MADRE.—¿No te asusta la muerte?

EL HIJO.—No la conozco, y quiero ver si la asusto yo a ella. Me iré: ¡me voy, madre!

LA MADRE.—¿A dónde vas, hijo? No te muevas de mi lado. Ven aquí, niño mío. Son muchos los peligros. Cava los alhelíes; poda la acacia; no irás nunca más por lentejas; te dormiré en mis brazos...

EL HIJO.—No es hora de dormir. Mañana te escribirá mi padre que estoy con él. ¡Salud, madre! (*Se va.*)

LA MADRE.—¡Hijo! ¡Hijooooó! ¡No puedo perderte! ¡Ven, que me quedo muy sola sin ti! ¡Qué sola me quedo! (*Se detiene en el umbral de la puerta, sollozante.*)

LA VOZ DEL POETA.—(*Dentro.*)

Madres, dad a las trincheras
los hijos de vuestro vientre,
que la marca de las fieras
en nuestra tierra no entre.

No contengáis los alientos
que llevan a los caminos
generosos movimientos:
contened, sí, los mezquinos.

Parid, tejed, compañeras,
gigantes para la hazaña,

para sus hombros banderas
y victorias para España.

No morirán, yo lo digo:
caerán, sí, pero no muertos.
¡Madres, quedarán conmigo
de relámpagos cubiertos!

LA MADRE.—Hijo: esa voz que oigo no sé dónde y parece que brota dentro de mi persona, ocupa tu puesto y me quita la soledad y la angustia. Reconozco la luz que te envuelve desde hoy, y dejo suelta la rienda de tus impulsos generosos. Crecido en ellos, tus quince años son veinticinco, tu corazón se agranda. No te quedarás en la muerte, si caes, que saltarás por encima de ella. Vivirás, vivirás, te tendré siempre conmigo y andarás relumbrando sobre todos los montes de España. Mirad, madres, mirad: ¡mi hijo avanza como una semilla a convertirse en el pan de todos los hijos que empiezan a brotar de los vientres maternos!

EL REFUGIADO

CUADRO UNICO

EL REFUGIADO.—(*Viene con un saquillo de aceitunas.*) ¡Salud!

EL COMBATIENTE.—¡Salud, compañero!

EL REFUG.—Me he perdido entre los olivos. ¿Hacia dónde cae la carretera que llega a Jaén?

EL COMB.—No soy de esta tierra y ando buscando el camino también. Vine a bañarme en ese arroyo, embebido por el ruido del agua, y se me han olvidado los pasos pasados. Si pudiera descubrir mis huellas, las seguiría. Pero, por allá aparece un rumor de carros... Allá debe andar la carretera. Siéntate, que luego la tomaremos. Ahí va un cigarro.

EL REFUG.—¿Vienes del frente?

EL COMB.—Anoche he venido. Llevaba el cuerpo como un estercolero. Hacía tiempo que no me mudaba de camisa.

El refug.—¡Cuánta bala habrá silbado en tus orejas!

El comb.—No han sido pocas. Más de mil han alborotado mi pelo con su viento de fuerza; más de dos mil se ahogaron en la tierra de mi lado, y una sola me dejó una cicatriz que llevo con orgullo sobre la pierna izquierda.

El refug.—¿En qué frente luchas?

El comb.—En el de Madrid: lo defendemos con firmeza. ¿Cómo van los frentes de Andalucía?

El refug.—Bulle poco la gente aquí. Quema mucho el sol, y el fusil se duerme junto al que lo empuña. El enemigo no ataca tampoco.

El comb.—Allá, cuando él no ataca, atacamos nosotros. No se puede hacer la guerra con gente dormida. Una de las cosas principales que debe olvidar el soldado es el sueño. Las trincheras pueden ser todo menos camas.

El refug.—Aquí no se ha tomado muy en serio la guerra.

El comb.—Me irritan los hombres que entienden juerga por guerra. Podemos tener alegría, pero no diversiones frente al enemigo.

El refug.—Otro gallo nos cantara si todos los hombres que se llaman soldados del pueblo sintieran como tú. Romera, y tantas

otras poblaciones, no se hubiera perdido como se han perdido.

EL COMB.—¿Eres tú de Romera?

EL REFUG.—En una de sus casas me echó mi madre al mundo. Hubimos de salir más que ligeros, porque los tiranos se nos echaban encima. Los primeros que corrieron fueron los que presumían de valientes a todas horas. ¡Bien se han fortalecido esos canalleros con nuestra cosecha de aceite del año pasado y nuestro vino añejo! Para ellos hemos estado trabajando hasta dos días antes de oír la orden de evacuación.

EL COMB.—Entonces, ¿eres un refugiado?

EL REFUG.—Por desgracia. A pesar de mis setenta años, no me hubiera movido de Romera. Detrás de la puerta me hubiera puesto con mi látigo de toro, y fascista que hubiera llegado a mi portal, fascista que se hubiera quedado mordiéndolo. Mi casa no la pisa ningún perro de ésos. Vergüenza me da pensar que duermen en la cama donde nació mi hija. Con hachas, con palos, con varas de junco me sentía capaz de hacerlos correr, de haberme seguido cuatro mozos, y a mi casa no entran. Pero los más de los que vagueaban por las calles, embebidos en el fusil, quisieron que les dejáramos el campo llano y sin tropiezos. ¡A

cuánto cobarde habrá que fusilar en su día!

EL COMB.—Todo se pondrá en claro.

EL REFUG.—Yo no sé si estoy hablando con un compañero de verdad: tus ojos me dicen que sí. ¿No crees que el pueblo de Romera tiene derecho a juzgar a los que lo orientaban y lo han orientado mal?

EL COMB.—Sí: es hora de que los pueblos sean los únicos jueces, por ser los únicos jueces honrados.

EL REFUG.—Hace dos meses que perdimos Romera, y hace dos meses que duermo en el suelo de Jaén, en la cocina de un amigo. Mientras las mujeres y los viejos refugiados nos morimos de necesidad, los del Comité de Romera se comen un dinero que pertenece a todos los vecinos, y andan por ahí, debajo de mucho traje y mucha corbata.

EL COMB.—Serán de la rama de los señoritos que no lo son mientras no pueden. ¿Qué comida os da el Frente Popular de Jaén?

EL REFUG.—Arroz. Pero a mí me avergüenza tomarlo y no lo tomo. Quise marchar con las milicias, pero mis setenta años no sirven. ¡Cuánto echo de menos mis veinticinco!

EL COMB.—¿De qué te mantienes, si no tomas el arroz?

EL REFUG.—A veces, del aire. A los refugiados nos miran algunos con ojos caritativos,

y a mí no me gusta ver la cara de la caridad. Otros nos aceptan de mal humor, como quien no tiene el deber de atender al compañero desamparado, sin casa y sin tierra. No me amarga ni me rebaja ningún trabajo: todos los conozco. Lo mismo me da cavar olivos que recoger la peor basura. Todos los oficios son buenos cuando se trabaja en ellos honradamente. He pedido trabajo y no me lo han dado, o me lo han dado apesadumbradamente. ¿Cuándo desaparecerá esa frontera que separa en el mundo a los pueblos, en los pueblos a los barrios y en los barrios a los vecinos?

EL COMB.—Camino de ello vamos.

EL REFUG.—Difícil veo el camino.

EL COMB.—Pero se andará, no lo dudes.

EL REFUG.—Tú eres joven y todo lo ves con ojos de esperanza. Yo soy viejo y tengo mis dudas. Las aumenta esta aperreada vida que llevo. Mira: desde las seis de la mañana ando a la rebusca de la aceituna. He repasado y corrido estos pechos de olivar, me duelen los huesos y poco provecho sacaré de este trabajo.

EL COMB.—¿Qué dinero dan por cada kilo de aceituna?

EL REFUG.—Veinte céntimos.

EL COMB.—¿Te darán esa cantidad por la que llevas?

EL REFUG.—Algo más.

EL COMB.—Mal oficio es la rebusca.

EL REFUG.—No encuentro otro. Con los céntimos que cosecho cada día evito el arroz, y aún me sobra dinero para comprar los domingos naranjas a mi hija, que la tengo en el manicomio con veintidós años.

EL COMB.—¿Está loca?

EL REFUG.—No: que le da un ataque de cuando en cuando, y como yo tengo que ir de un lado para otro, y cuando volvía a mi casa me la encontraba sangrando desnuda, hube de llevarla al manicomio, porque en el hospital no me la quisieron. Como no está loca, sufre mucho entre locos. Se da cuenta de todo y me pide que la saque de allí. *Padre, me muero; me voy a volver loca también.* Los domingos, mientras toma las naranjas, no hace más que repetir: *Cuando tú te mueras, ¿quién vendrá a verme?* Y mi deseo es verla enterrada antes que mi carne.

EL COMB.—¿Quieres tomar este dinero para comprarle naranjas?

EL REFUG.—No. ¿Quién te ha pedido esa limosna?

EL COMB.—Te ayudo, no te hago mendigo. El que gasta sus días en pedir, no es menos indigno que el que los explota en dar miserablemente. Las riquezas son para compartirlas, no para adornarlas de limosnas. Te doy,

no porque me sobra, sino porque lo necesitas. Quien da lo que le sobra, es tan perro como quien acepta las sobras de quien se las da.

EL REFUG.—¡Qué alegría siento alrededor y dentro de mí encontrándome con una persona de corazón! Se me van muchos años de encima. ¿Quien eres tú?

EL COMB.—Un combatiente del pueblo, un defensor del pueblo, una semilla del pueblo.

EL REFUG.—Buena semilla tiene España en tí. ¡España!... Me da mucha tristeza pensar que podemos perderla. Pobre soy: no tengo más que la noche y el día, pero no quiero que me quiten mi patria. Soy español, España no hay más que una y la quiero como si la hubiera parido.

EL COMB.—La salvaremos. ¿Estás dispuesto a venir conmigo?

EL REFUG.—Voy donde tú digas. Me siento rejuvenecido como un roble viejo junto a uno temprano. ¿Me admites en la lucha a pesar de mi edad?

EL COMB.—Sí. Vamos a sacar tu hija del manicomio y la pondremos en un lugar claro y libre. Sanará en poco tiempo. Haz cuenta que tu hija es España: vamos a luchar por tu hija, por España. Vamos a sacarlas del manicomio, oscuro y pobre, en que las han tenido metidas los opresores del pueblo.

El refug.—Antes llevaré la aceituna al molino.

El comb.—Échala en tierra: antes de que se haya secado o podrido, España habrá comenzado a ser, independiente y libre, el huerto del mundo.

El refug.—¡Así sea, compañero! (*Derrama el saquillo de aceitunas alegremente. Se van.*)

(Jaén, 17 de marzo de 1937.)

LOS SENTADOS

CUADRO UNICO

SENTADO 1.°—Ya estamos en la plaza de todos los días. ¡Buen sol da en la piedra del banco! (*Se sienta.*)

SENTADO 2.°—(*Sentándose.*) Mi mujer me dice que me gusta más la plaza que el catre; y ella no sabe cómo gozo al sentir en mi cuerpo el agradable calor de la piedra soleada.

SENTADO 3.°—En la plaza puede hablar uno de la gente que pasa, y por delante del catre no pasa nadie. (*Se sienta.*)

SENTADO 1.°—(*Frotándose las manos.*) ¡Sabrosa mañana! Este febrero parece una primavera.

SENTADO 2.°—Se acabaron los tiempos malos. Ayer, cuando atardecía, señaló el tiempo sereno un bando de grullas que vi sobre mi cabeza.

SENTADO 3.°—Yo también las vi: iban quince.

SENTADO 2.º—No: iban veinte.

SENTADO 1.º—Yo las conté muy bien, y volaban, sin equivocación, dieciocho.

SENTADO 3.º—¡Que no, hombre!

SENTADO 1.º—¡Que sí, digo yo!

SENTADO 2.º—Tengo muy limpios los ojos, y rara es la vez que me equivoco en números: ¡eran veinte!

SENTADO 1.º—¡Me vas a enseñar tú a mí las que eran!

SENTADO 3.º—Hablas como un juez que se cree que nunca yerra en sus sentencias.

SENTADO 2.º—Es verdad: en todo quieres tener la razón. Hablamos de mujeres, y eres tú el único que conoce el arte de ganarlas; hablamos de toros, y no hay en el mundo persona que más entienda la materia que tú; tratamos de vecinos, y el que menos ignora los secretos de todas las casas del pueblo está bajo tu piel; y charlamos de lo que pasa, de la guerra, y tú eres quien recibe las primeras noticias de los frentes, de los aeroplanos que vuelan, de los pueblos que se ganan o se pierden por éstos o aquéllos, de los muertos que quedan en el campo... Me da rabia verte presumir de saber, cuando el que más y el que menos te puede enseñar tantas cosas.

SENTADO 1.º—¡A mí que me vas a enseñar, igrorante de ti!

SENTADO 2.º—¿Qué sabes tú? Nada. Sólo puedes hablar de lo que aprendes en tus conversaciones con las comadres y en tus ojeadas a los periódicos. Yo, en cambio, sé a diario de muy buena leche lo que pasa la noche anterior a cada día en toda España. Ahora, por ejemplo, sé que los fascistas preparan su ataque más duro a Madrid, que el alcalde de nuestro pueblo tiene continuas peleas con los concejales pertenecientes al sindicato... Anoche llegaron a las manos. Sé que hay quien se emborracha y maltrata a los que reciben sus órdenes, como lo haría un general de los de enfrente. Y sé que anteayer bombardearon Madrid una vez más y resultaron muertos doce niños.

EL SOLDADO.—(*Que ha seguido la conversación en silencio, pero lleno de gestos.*) ¿Qué haces tú por impedir todo eso? ¿Qué hacéis vosotros: decidme? Dos días llevo en este pueblo y estoy rabiando por salir de él. No puedo respirar este aire de paz envenenada. Voy a irme en seguida a las trincheras otra vez. El descanso que buscaba aquí lo hallaré allá con más abundancia y limpieza. Estáis completamente ajenos a la sangre que derraman nuestros compañeros. Sólo sabéis ir de banco en banco, con murmuraciones y mentiras. Cuando la España mejor se enciende, levantada con-

tra los verdugos invasores, veo pueblos mezquinamente sentados al sol como lagartos mezquinos.

SENTADO 1.º—¿Quién eres tú para gritarnos de esa manera?

SOLDADO.—Un defensor de mi patria y de vuestros hijos.

SENTADO 2.º—¿Quién te mete a juzgar a los que toman el sol pacíficamente?

SOLDADO.—La indignación que me dan hombres tan desesperantemente pacíficos, en estos días en que todo trabajador debe andar con el fusil para defenderse de la tiranía y del hambre. Pero, por lo que veo, vosotros sólo sabéis trabajar con las nalgas, donde únicamente tenéis callos.

SENTADO 3.º—No vengas a presumir de hombre porque has tirado dos tiros.

SOLDADO.—Cada cual presume de lo que puede, y vosotros no podéis presumir más que de sentados y, tal vez, de cobardes.

SENTADO 1.º—No consiento esas palabras.

SOLDADO.—Dichas están y no me las tragaré.

SENTADO 2.º—¿Imaginas que no sufrimos nosotros la guerra también, y andamos comiendo judías, cuando no lentejas, cada mediodía, con un pan escaso que nos da el panadero?

SOLDADO.—¿Cómo llamas a eso sufrimiento, habiendo tanta madre llena de lágrimas y tanto hijo caído? Si tú llamas a eso sufrimiento, ¿qué llamaré yo al sentimiento de tener un hermano asesinado y de ver caer a mi lado, sobre mi piel, la sangre de los compañeros más valientes entre barro y frío? Vosotros no sabéis del sufrimiento, ni sabéis de la alegría que empapa al pueblo que lucha, a pesar de la muerte. Vosotros sólo conocéis el aburrimiento.

SENTADO 1.°—Cuando queremos parecer lo que no somos damos risa: y tú quieres parecer el héroe que, tal vez, no eres.

SOLDADO.—En estos momentos pretendo parecer y ser látigo, para sacudir de vuestra alma esa pereza de sol en que duerme. Tenéis sentada el alma.

SENTADO 2.°—La guerra es para los locos.

SOLDADO.—Y la paz de la guerra para los aburridos, que son los cuerdos peores. Mientras los que tenemos el alma en pie defendemos el pan y la España que codician italianos y alemanes, vosotros seguís haciendo vuestra cómoda vida de gallinas en el nido. Sólo tenéis posaderas, y vuestra mayor alegría la despiertan los asientos. Habéis nacido con el corazón gastado, rendido. Vuestro oficio es hacer hoyos en la piedra de los bancos con las nalgas. Nada os inquieta, todo os aburre, y

la agilidad que os falta en las piernas, en las acciones, en la vida, os sobra en la lengua murmuradora y sucia. Cuando para mí es un orgullo, una alegría luchar por la libertad de España, para vosotros es un sacrificio que no queréis llevar a cabo, y ante la tragedia española sólo tenéis cinco sentidos curiosos; y mientras ponéis vuestro estómago al sol, para hacer fáciles vuestras digestiones, os olvidáis de cuanto sucede o lo recordáis como distracción de vuestro aburrimiento. No sois dignos de gozar la vida independiente y libre que forjamos. Hombres como éstos deben ser empleados, como los sacos terreros, en las trincheras. (*Se va.*)

SENTADO 3.°—¡Qué vergüenza! ¿Cómo hemos consentido tanto insulto?

SENTADO 2.°—Tiene razón, en parte.

SENTADO 1.°—¡No digas! Por primera vez en mi vida han recibido con paciencia mis orejas tanta palabra desagradable.

SENTADO 3.°—Esta gente abusa de su situación militar y de la paciencia de las personas honradas.

SENTADO 2.°—Digo que tiene razón. Comprendo todo cuanto nos ha dicho, y nos lo merecemos. Somos unos aburridos despreciables.

SENTADO 1.°—Despreciable serás tú.

SENTADO 3.º—No pongas en otro los defectos tuyos.

SENTADO 2.º—Pensad un poco y ved si no es una vergüenza que sigamos aquí sentados, cuando toda España está en pie de guerra. Reflexionad un poco sobre los asesinos de tantos hijos españoles, de tanta juventud, de tanta madre. Basta ya de catre y de plaza. Me levanto para siempre. No debemos seguir de este modo, porque si se pierde España, culpa habrá sobre nosotros, y si se gana, no mereceremos gozar los días de la victoria. ¡Vamos a ayudar a nuestros compañeros!

SENTADO 1.º—Yo no me levanto tan de prisa. Soy casado y tengo dos hijos.

SENTADO 2.º—Si hubieran dicho eso mismo todos los padres, no habría nadie en los frentes, y tus hijos, y los míos, y los del pueblo entero regarían con su sangre las macetas y los árboles del municipio, como nos prometió una vez aquella mala persona que amargaba nuestros días. Tiene mucha razón el soldado. Me dan ganas de escupirme a mí mismo. Me voy con él.

SENTADO 3.º—Te acompaño. (*Se van los dos.*)

SENTADO 1.º—¿Qué haré yo? ¿Seguir al sol como una lagartija fría? Pero en el frente puedo morir... Y si viene el fascismo, aunque

me dejara vivo ¿no llevaría una vida más triste que la muerte? ¿No volvería a ser el perro del *amo,* que daba puntapiés y palos si no le lamían las plantas? No puedo desear a mis hijos la vida que a mí me han dado los que todo me lo quitaban. Dueño hoy de la tierra que trabajaba inútilmente, en vez de defenderla, dejo crecer en ella la grama y caer en el barro la sangre de mis compañeros. Me voy... Pero me falta voluntad para irme... (*Se levanta, anda lentamente, se vuelve, duda y, después de escuchar la voz siguiente, sale precipitado y decidido.*)

LA VOZ DEL POETA:

Levántate, jornalero,
que es tu día, que es tu hora.
Lleva un ademán guerrero
al ademán de la aurora.

No permitas que un ocaso,
que desplomarse no quiere,
se apodere de tu paso,
de tus hijos se apodere.

Tu pan del aire pendía.
¡Que tu alborada destruya
el ocaso! ¡Es tuyo el día:
España, la tierra es tuya!

INDICE

PÁGS.

La cola. 9

El hombrecito. 19

El refugiado. 27

Los sentados. 37

EDITORIAL
NUESTRO PUEBLO

Precio: 60 cénts.

Published in Spain